

destreza, ora en casa de su piadosísima y creyente amiga Catalina Klein, ora en la soledad idílica de un campo helvético, ora en las orillas del Rhin cuyo eterno fluir hacía los mares desde las montañas, le recordaba el eterno fluir de la vida desde la cuna hasta la eternidad. En el coloquio con Erasmo había recogido el jóven reformador esta palabra terrible: Solamente la intervencion de Cristo en persona puede ya salvar al humano espíritu. Y fortalecido con esta palabra propúsose el gran democratizador de la Reforma quitar cuantos mediadores había puesto la supersticion eclesiástica entre la tierra y el cielo, imputando el poder de la redencion al único redentor, imputándoselo á la vida y á la muerte de Cristo.

Las dos ciudades, pues, de Basilea y Estrasburgo, hablaban desde léjos con tales reclamos al oido del jóven reformador que no quería pararse ni una noche siquiera en el recinto de Ginebra. Tal resolucion debía contrariar á Farel, quien debe y puede llamarse con justicia el héroe de la revolucion religiosa en el país de la Suiza latina. Lector incansable de las primeras obras de Calvino, admiraba las dotes de pensamiento y de ciencia negadas por la naturaleza en sus designios á un hombre como él de accion y de combate. Por lo mismo no podía comprender cómo pensador de la grandeza é importancia del jóven reformador desdeñaba por las ciudades puramente germánicas de Basilea y Estrasburgo, la ciudad verdaderamente universal y humana que se llamaba Ginebra, erigida en las orillas del celeste lago Lemán, atravesada por las rápidas aguas del Ródano, circuida de las cordilleras jurásicas y alpestres, punto de interseccion singular entre Francia, Italia y Alemania, maestra en la lengua maternal de Calvino, blanco de las dobles ambiciones de Emperadores como el Emperador de Alemania y de duques como el duque de Saboya, residencia de obispos feudales arrojados por el soplo de la libertad, y apercebida en lo porvenir y preparada para extender y aplicar el espíritu republicano de los Santos Evangelios á las mas libres naciones del mundo. Farel no se había detenido ante ningun obstáculo ni amedrentado por ningun peligro. Dispendiador pródigo de su sangre y de su vida, llevaba el cuerpo y el espíritu curtidos con las cicatrices del combate. Las muchedumbres ciegas le habían apedreado y los frailes fanáticos le habían herido. Mil veces los puñales se asestaron á su corazon y mil veces los arcabuces

escogieron por blanco su persona. Pero no había ningun género de amenaza que le detuviese, incapaz de todo temor y ávido de todo sacrificio. Un dia la nueva idea le sobrecogió en medio de las penitencias y maceraciones que le impusiera la fe tradicional, y de los senos de un catolicismo exagerado y hasta supersticioso surgió el hombre de la revolucion. Desde aquel punto fué Suiza como el objeto de su amor y como el campo de su heroismo. Neufchatel, Grandsson, Morat, Orbe, le vieron ofrecer su vida por su idea con la profunda abnegacion de todos los redentores. En una de sus excursiones, como topara con cierto fraile gárrulo, expendedor interesado y materialista de indulgencias por dinero en la plaza de un mercado, alzóse al borde resbaladizo del pilon de una fuente, y elevándolo á tribuna, en guisa de apóstol, habló con tal voz de trueno y tal persuasion de palabra que muchos corazones se movieron y muchas inteligencias se pasaron á su ardiente y luminosa doctrina. Con tales vocaciones, Ginebra, objeto de tantas ambiciones y asunto de tantas competencias, debía llamarle con los reclamos para él seductores de sus dificultades y de sus peligros. Nada le iba en chocar con los Papas de Roma, con los Emperadores de Alemania, con los duques de Saboya, con los clérigos intolerantes de Suiza; en los mayores apuros, bajo cien puñales, entre filas de arcabuces asestados á su cuerpo, redoblaba la predicacion de su fe y el empeño de su guerra. Cuanto mas alta la montaña que debía franquear, mas abiertas las resistentes alas de su deseo; cuánto mas azarosa la expedicion que debía emprender, mas firme y segura su mano sobre el formidable timon de su idea; cuanto mas peligrosa y mas ruda la batalla en que debía empeñarse, mayor el desprecio á la vida y el crecimiento é intensidad de su heroismo. No era un sabio como Erasmo, ni un profeta como Lutero, ni un organizador como Calvino; su palabra ruda y su frase despeinada é inculta resonaban siniestramente como los golpes de una maza sobre las férreas armaduras, porque aquel hombre se hallaba forjado en el horno altísimo donde se forjan los instrumentos de la guerra.

Por octubre de 1532 apareció en Ginebra llevado por el deseo, no solamente de cooperar al apostolado evangelio, sino de conseguir en ciudad tan literaria una directa y limpia traduccion de los libros santos. Portador de cartas en que los señores berneses le recomendaban á los hugonotes ginebri-

nos, obtuvo la entusiasta y cortés acogida que merecía quien llevara el Evangelio desde las orillas del lago de Neufchatel hasta las orillas del lago de Briedne. Llegada tan oportuna del apóstol conocido con la denominación de «azote de los frailecillos» conmovió á los partidarios de la nueva idea que rebosaron en la hostelería donde Farel se albergaba. Incansable por naturaleza el apóstol de la revolución, aunque tenía quebrantado el pecho y vomitaba sangre, predicóles que rectificaran la organización de la Iglesia como habían rectificado la organización del gobierno y que fueran como hombres libres tan republicanos en sus creencias piadosas como en sus costumbres políticas. La novedad extraña de semejante predicación suscitó muchos amigos pero también muchos enemigos á la Reforma. Así como, en las naciones, los campos y las montañas sirven de refugio á los dioses expulsos por las ciudades y por las altas inteligencias; en las familias, la mujer, vestal que guarda el fuego de los hogares y el fuego de las ideas como cosa verdaderamente sagrada, combate con vehemencia y ahinco todas las innovaciones. Y naturalmente, las ginebrinas influyeron sobre sus maridos para que persiguieran y expulsaran al apóstol.

Al verse por el alma de las familias sostenidos, encendiéronse los sacerdotes en ira y conjuraron á los magistrados para que lanzaran de allí la peste del Protestantismo. Reunióse á estas incitaciones el Consejo de la ciudad y citó á Farel en comparecencia. La nobleza de su porte, la ingenuidad de su acento, la sencillez de su palabra, la rectitud de sus ideas, cautivaron el ánimo de aquellos demócratas que miraban en Farel, no solamente el predicador á quien se debía libertad en una ciudad libre, sino el emisario de Berna, en quien precisaba reconocer cierta inviolabilidad diplomática con arreglo á las buenas tradiciones republicanas. Pero el Consejo episcopal había decidido nada menos que la muerte de Farel; y para conseguirla con seguridad había fácilmente amotinado al pueblo, fácil de mover y encrespar como el océano con todos los vientos. Así, costó mucho trabajo conducir á los reformadores desde la sala del Consejo á su posada y desde su posada nuevamente á la sala del episcopado. Al verlos entrar los eclesiásticos allí reunidos, comenzaron á dar gritos tan estentóreos y hacer gestos tan amenazadores que recordaban los fariseos de Jerusalem rasgando sus

vestiduras en presencia de Cristo. Farel no se turbó. Cruzados los brazos, inclinada la cabeza, moduló sus palabras ingenuas con tal candor comunicativo que casi quedaron desarmados aquellos enemigos feroces. Esta primera ventaja incitó al reformador, cuyo valeroso temperamento nunca se amedrentaba ni en los mayores peligros, á convertirse de acusado en juez. Así, dió en rostro á quienes le amenazaban de muerte con sus supersticiones y con sus vicios. Tamaña temeridad reanimó los odios latentes, como el aceite reanima el fuego. Voces tumultuarias, ademanes descompuestos, miradas crueles, rechinamientos de dientes, amenazas de muerte siguieron al audaz reto del apóstol; «Al Ródano, al Ródano,» gritan unos. «Matadle como un perro,» gritan otros. «A la horca ese Lutero,» dicen los mas. «Acabadle, acabadle,» concluyen por vociferar todos á una. Siguen á los insultos los golpes. Puñetazos, bofetones caen sobre la serena cara del reformador. Algunos hasta le escupen. Y mientras tanto, multitud de curas y de frailes, quienes con bastones, quienes con fusiles, quienes con puñales, rodean el palacio episcopal, las plazas y calles adyacentes, para que los innovadores no lleguen al suplicio último sino hechos materialmente pedazos. Los clamores de las calles se unian á los clamores de los salones, como los estruendos de dos nubes tonantes en los mismos aires. Por fin Farel salió. Y al verlo salir, un arcabucero del obispo se arrimó el arcabuz al ojo y le disparó un tiro. La chispa de la llave salió, pero marró la pólvora. Farel tranquilo y sereno le dijo con estoica indiferencia que su arcabuz había marrado, porque Dios en su providencia le reservaba seguramente á él para mayores luchas. Y en efecto, de no traer el salvoconducto de los diplomas expedidos por los señores berneses, muere á manos de aquella muchedumbre, la cual quería cazarlos como fieras y se volvía irritada contra los mismos canónigos y magistrados resueltos á la salvación de los apóstoles por temor á los conflictos con Berna. Una barca se los llevó por el lago, y corrieron peligro los mismos que aun siendo sus contrarios no les habían querido entregar á la voracidad del pueblo.

Contamos estos incidentes con alguna extensión para mostrar cuánto debía Farel amar la ciudad por cuya conversión había corrido tantas aventuras. A las propias pruebas sumábanse las amargas sufridas por los partidarios

de la nueva doctrina. El obispo, representante de la estabilidad, luchó á brazo partido con la revolucion, apoyándose no tan solo en sus fuerzas sino en las fuerzas tambien del duque de Saboya, representante de la reaccion universal. Por diciembre y enero de 1533 y 1534 llega de nuevo Farel á Ginebra, llamado por la inminencia y la intensidad de los peligros. Nuevas conjuraciones católicas se traman y nuevos conflictos surgen. Los hugonotes requieren sus armas y la ciudad se halla entregada, por razon de tantos conflictos, á los debates públicos y á las disputas teológicas. Emisarios de Berna proponen contradicciones de doctrina y de credo al aire libre. Un torneo, cuyos campeones son los teólogos y cuyas armas son los argumentos, se verifica en público. Farel, movido por su valor legendario y armado con todas las armas espirituales, lucha en aquel encuentro y esgrime tanto la noble y aristocrática espada de sus razonamientos como el agudo puñal de sus sarcasmos. Las conversiones se suceden con frecuencia y en gran número, porque no perdona el predicador ni las arengas tribunicias, ni los cuentos y apólogos familiares, ni las leyendas poéticas. El espíritu de Ginebra cambia; la luz de la nueva idea llega en su difusion hasta los hondos abismos del pueblo. No les queda otro recurso á los poderes reaccionarios vencidos y desarmados sino la conspiracion y la violencia. El obispo complota un golpe de Estado. Bandas semejantes á las que persiguieran en otros dias á Farel, se lanzan por las calles movidas al degüello. Dos hugonotes caen muertos. El tumulto se dilata por todas partes y la guerra se traba y empeña de hogar á hogar y de ciudadano á ciudadano. Ginebra pereciera en aquella ocasion desgarrada por las manos de sus propios hijos, si no mostrara su gobierno, el gran Consejo de Estado, la moderacion y la prudencia que tan fácilmente se aprenden y allegan en los pueblos republicanos. Los provocadores al fin resultaron los vencidos. Ni siquiera la catedral antigua les sirvió de asilo. Descubiertos los documentos que testificaban la tramada conjuracion, ardieron aun mas las pasiones harto ardientes contra los que aquejados de una debilidad ya irremediable, procedian cual si estuvieran en toda su pujanza. La horca recibe á uno de los asesinos y la fuga salva al otro. El pueblo nombra un gobierno hugonote y los revolucionarios piden á este gobierno una Iglesia propia. El progreso por abril de 1534 llega en verdad á términos tan amplios, que Farel predica en

los claustros mismos del convento donde la reaccion tenia su mayor fortaleza.

No se pueden referir todas las dramáticas escenas á que da lugar la predicacion de la Reforma en Ginebra. Farel habia padecido mucho, luchado mucho, y era natural que quisiese verla florecer y fructificar, ya que la habia sembrado y héchola germinar con tanto empeño suyo y gloria tanta de su ilustre nombre. Para el ministerio posterior al combate, sentíase falto de aquella inteligencia privilegiada y de aquella palabra persuasiva que á la verdad necesitan los organizadores de las ideas nuevas. Por esta razon, al encontrarse frente á frente con Calvino, deparado por la Providencia, Farel se asió á su persona y no quiso en modo alguno de su persona desasirse, por necesitarla indispensablemente á la perfeccion de su obra.

Lector incansable aquel hombre verdaderamente de accion, lector de la obra maestra del hombre de pensamiento, á saber la «Enseñanza Cristiana,» libro nacido al primer entusiasmo del apologista, comprendió cuán cerca de sí estaba el complemento perfectísimo de su naturaleza espiritual. En cuanto le anunció Tillet la inesperada venida del huésped providencial, fuese desalado á su posada y se avistó con él. Esta entrevista le sirvió para confirmarse con mayor y mas robusta confirmacion en la necesidad incontrastable de retener á Calvino, con cuya cooperacion jamás contara ni en los ensueños de sus esperanzas. Difícil divertir voluntad tan firme del propósito ya deliberado de continuar el viaje. La palabra de Farel, mas conmovedora cuanto mas íntima, no se dió reposo hasta persuadirle á quedarse. Nunca el reformador tan resistente, y nunca tan persuasivo el revolucionario. El milagro de fundar la nueva Iglesia estaba ya hecho; convenia continuarla erigiéndola en fuerte organizacion. Enseñar el Evangelio era el ministerio mas propio de Calvino; y enseñarlo en la encrucijada helvética donde se juntaban las vías principales de Francia, Italia y Alemania. Aquellos ginebrinos, semi-romanos y semi-germánicos, franceses por su lengua, suizos por sus costumbres y por su geografía, italianos por sus inclinaciones á cultivar las facultades mas altas y sobresalientes del humano espíritu, ofrecian á un hombre de la idea y de la palabra de Calvino dilatado espacio para explayarse y animar su propaganda. Sin embargo, una consideracion de mucho peso y de mucho alcance, ponde-